

medidas del Oriente. Fue también el autor de varias traducciones de textos árabes y de comentarios detallados de clásicos orientales. El trabajo de Sacy es importante porque participa ampliamente de la fase inaugural del orientalismo, y no es por otra razón que él habla de su propio trabajo como un hallazgo, como el *rescate* de una gran masa de material oscuro. Las antologías, las crestomatías de obras, los fragmentos de textos escritos y traducidos por Sacy, constituyen un excepcional conjunto de muestras. Said ofrece dos razones: a) porque este conjunto refleja la autoridad que tiene Silvestre de Sacy, un occidental, para adquirir del Oriente lo que hasta entonces la distancia geográfica y la *excentricidad* cultural habían escondido; y b) porque esos ejemplos pasan a tener el poder semiótico de *significar* el Oriente mismo. Ese poder es también la manipulación de un saber para capturar el otro, como alguien que posee la Verdad sobre otro, o, en último análisis, como un señor que posee la verdad sobre su esclavo.

La lectura del libro de Edward Said (como otros textos de Pierre Clastres, Todorov y Hans Meyer) nos ayuda a comprender que nuestro destino es inseparable del destino de los demás. Al escribir sobre el orientalismo, Said nos recuerda a cada paso aquellos pueblos sumisos y colonizados, los genocidios de la historia, la tiranía y la humillación que presenciamos en nuestra vida cotidiana. El escritor no responde a muchas de las cuestiones que el texto abarca, no nos revela una salida para el doloroso *impasse* que resulta de la dificultad que tienen los hombres para *tolerar* a otra civilización. Quizás debido al hecho de que es función del saber el saber despertar dudas y preguntas. O porque la nueva moral lúcida y tolerante a la que tanto aspiramos no pase, infelizmente, de una quimera.

Traducción de
Horacio Costa

La épica sordina de Gonzalo Celorio

Vicente Quirarte

Por desgracia no cuento entre mis privilegios, como varios de quienes aquí se encuentran, haber sido alumno de Gonzalo Celorio. Sin embargo, la creciente admiración a su trabajo, donde siempre me hace sentir cómplice y partícipe; el aprendizaje de códigos y señales a los cuales acude para compartir sus pasiones —la literatura como vida y la vida como literatura, fundamentalmente—, me convierten en su deudor eterno y su discípulo agradecido. Por eso, como hubiera dicho el inefable Alberto Caeiro, no soy alumno de Gonzalo Celorio, pero es como si lo fuera.

Y si mi primera preocupación, al aproximarme a esta *Épica sordina* que venturosamente nos reúne, es la del capitán de aula, es porque Gonzalo Celorio tuvo, desde sus encuentros iniciales con las letras, un amor dividido entre la enseñanza y la escritura. División aparente, porque su enseñanza fundamental en el salón de clase, traducida en libros de aventuras disfrazados de ensayos como *Para la asistencia pública* o *Los subrayados son míos*, es la de sentir la literatura, antes que sepultarla prematuramente en nombre de la erudición y la madre academia. “Cultura es la manera de pelar un mango”, escribe en alguna parte, como uno de los muchos aforismos destellantes que aquí y allá nos capturan a lo largo del libro. Porque la literatura, demuestra Gonzalo, hay que disfrutarla, comérsela, devorarla deleitosamente, retrasando el instante del goce como el niño Ramón en el umbral inviolable de su prima Águeda. Porque a Gonzalo Celorio no le duele —por el contrario, lo enorgullece— ser un profesor

que escribe. La pasión objetiva que pone en la clase, en la conferencia pública o en el compás de espera entre la siguiente actuación de los mulatos de Pepe Arévalo, o en el espacio más íntimo de su generosa terraza mixcoaquita; el gozo inicialmente solitario y más tarde compartido al descubrir el brillo nunca antes apreciado de una metáfora, los insospechados y sorprendentes paralelos entre un autor y otro, son los mismos que vierte en estas declaraciones de amor que llama ensayos.

Ahora bien, ¿cómo transformar esa pasión personal en patrimonio colectivo? Dicho de otro modo, ¿cómo hacer que la academia, sin dejar de serlo, apuntele —sin sofocarlo— el instinto liberador, la brutal aceleración que la aventura de un libro nos otorga? En varios instantes de *La épica sordina*, Gonzalo Celorio insiste, entre líneas, en la necesidad de esta pasión objetiva. De tal modo, califica de “amorosa edición” la que José Luis Martínez ha hecho de las *Obras* de Ramón López Velarde, pues para lograr ese esfuerzo ejemplar, sólo paralelo al sujeto del cual parte, José Luis Martínez ha debido tener el mismo respeto por la escritura crítica que por la escritura de la que parte. Gonzalo sabe que tal esfuerzo, como el amor a los sujetos humanos, supone dos entregas: una, en que entremos sin otra armadura que la adánica, dispuestos a perdernos para reencontrarnos. Otra, que mediante la inteligencia y el conocimiento haga permanente al sujeto de nuestra pasión. En primera instancia, dos clases de textos se agrupan en *La épica sordina*. Los que ofrecen una visión crítica y totalizadora de un tema o un autor determinados, y aquellos en que el escritor ofrece, a través de una prosa más libre e imaginativa —no menos rigurosa— su testimonio de devoción a la lectura de la obra o a la lectura del hombre detrás del texto. Sin embargo, conforme emprendemos la relectura —que los textos de Gonzalo Celorio merecen *encores* y reincidencias— nos damos cuenta de que la visión crítica está presente en los textos propiamente de creación, mientras que ésta otorga sus columnas barrocas al ensayo, lo llena de túneles y golfos, lo puebla con puentes a través de los cuales cruzamos sin respirar de una idea a otra para recibir, finalmente, la gran bocanada liberadora.

Al leerse en los otros, a Gonza-

lo Celorio lo traicionan las que-
rencias, pero nosotros, sus lecto-
res, sus discípulos, somos los
primeros beneficiados. Si, como
dicen los irreverentes editores de
la revista *Moho*, a los tontos los
influye García Márquez y a los in-
teligentes Julio Cortázar, también
es cierto que todos amamos lo que
leemos, pero que este amor no se
retribuye de la misma manera a
todos los mortales. No hay aman-
te tonto; en cambio, siempre lo es
el engañado. Dicho de otro modo:
el texto literario puede encauzarse
a través de una metodología, de
tal modo disfrazada de intelligen-
cia que el engañado crea que posee
al texto; pero la experiencia
del lector apasionado no admite
programas: chorro de alcohol o
chubasco repentino, entra en no-
sotros, para conmocionarnos y
cambiarnos, con la violencia de
las novelas de caballería en la ima-
ginación enfebrecida del aún
Alonso Quijano. A lo que deseo
llegar con esta perífrasis es que
una de las cosas que más agradezco
a Gonzalo Celorio es el modo
tan brillante en que reivindica la
crítica impresionista. Convidados,
mediante la lectura, a la gran
orgia de Nuestra América a que nos

invita, cómo no erguirse a la mi-
tad del foro y afirmar, con orgullo
asordinado, pero épico: "¿Quién
que es no es impresionista?" La
exigencia a la cual somete cada
palabra que en su metalenguaje da
testimonio de la visión *del otro*, la
claridad de exposición con que
rinde cuenta de sus descubrimien-
tos, vuelven a decirnos que no hay
crítico que pueda colocarse eti-
queta alguna sin antes ser un im-
pressionista hasta la médula. Con
todo y su vastísimo marco de refe-
rencia, impresionista es el Sergio
Fernández que ve en el éter y el
andrógino los puntos cardinales
de la poética de Contemporáneos,
como impresionista es Octavio
Paz en su aproximación a Juana
Inés. Con su pasión bien corres-
pondida por las letras de este lado
del Mar Océano, Gonzalo Celorio
nos recuerda que el crítico ha de
ser sobre todo un enamorado go-
zoso, capaz de comunicar sus pla-
ceres a otros.

De ahí que *La épica sordina* no
admita ser leído únicamente como
un conjunto de ensayos literarios,
sino también como una biografía
espiritual, como un viaje a través
de la inteligencia y como una serie
de textos que afirman la voluntad
de estilo, la fe en el *qué* aliado al
cómo. Pensar rápido es escribir
rápido, decían los antiguos, y si el
Gonzalo Celorio de *La épica sordina*
parece rendir un homenaje a la
oralidad, en el sentido que pare-
ciéramos escucharlo, con la
vehemencia que pone en una con-
ferencia o en la plática informal,
su malabarismo verbal no se queda
en el ingenio. En cada uno de
sus textos, el triunfo es siempre de
la inteligencia, pues las ideas, aun
en los textos más líricos, están en-
cima de la imagen. Más exacta-
mente: las imágenes deben su con-
tundencia a la solidez madurada
de la idea.

Quienes conocieron a Ernesto
Che Guevara decían, en la prime-
ra impresión, que era demasiado
guapo para ser inteligente. Acaso
lo mismo afirmaran —o suspira-
ran— las alumnas del profesor
Gonzalo Celorio cuando éste lle-
gaba a la primera clase. Basta es-
cucharlo —o leerlo— para darse
cuenta de que lo bien plantado no
quita lo sesudo. Y si traigo a cola-
ción la figura del estratega, el
ideólogo y el pensador, el último
de los héroes románticos de Nues-
tra América, es porque, del mis-
mo modo en que Guevara defen-
dió hasta el acabamiento nuestra
dignidad, la responsabilidad del
escritor es defenderla en otro te-

rreno. Y qué mejor defensa que la
demostrada por Gonzalo Celorio
a través de las palabras de *La épica sordina*, que el enaltecimiento
auténtico que logra en estas lectu-
ras donde la belleza y la precisión
de su prosa son dignas recreado-
ras —creaciones ellas autóno-
mas— de nuestra literatura más
próxima a la sangre.

Como *La épica sordina* es un
libro personal, me gustaría imagi-
nar una presentación ideal, en que
la primera fila la ocuparan, justa-
mente, todos los que han hecho el
libro de Gonzalo. Que vencieran,
por un instante, la falsa modestia
del escritor que no desea oír ha-
blar de sí, cuando en realidad el
único premio posible para la escri-
tura es que otro la lea del modo en
que la concibió su creador. En
una presentación semejante, Xa-
vier Villaurrutia —tan penumbra
y tan granada— esbozaría una
sonrisa, convencido de que es de-
recho del crítico no creer en las de-
claraciones del autor y volver a
crearlo; Ramón López Velarde se
colocaría la mano en el pecho, co-
mo siempre que estaba nervioso o
emocionado, seguro de que Gonza-
lo ha comprendido que, así como el
sistema poético es un sistema
crítico, el crítico ha de emocionarse,
pero asordinando sus vehemen-
cias, matizándolas, haciéndoles jus-
ticia, para que "el vigor poético
no resida en la laringe"; el doble-
mente grande Julio Cortázar, ves-
tido de guayabera nicaragüense, y
Alejo Carpentier, enfundado en
su traje azul marino de primera
comunidad, interrumpirían sus res-
pectivos monólogos —uno entre
las dos puertas del pasaje que con-
duce al otro cielo, otro a la mitad
de la caricia a un estípite barroco,
o acariciando con los ojos el trase-
ro descomunal de una mulata—
para oírse invocados, para ser re-
vividos y demostrar, una vez más,
que el polvo enamorado subsiste
en la memoria de los otros. ¿Y Cé-
sar Vallejo, y Juan Rulfo? Segu-
ramente, ellos harían como si no
oyeran, ligeramente molestos por
ser invadidos; traicionados por el
cholo y el rancharo que los con-
formaban, finalmente se sentirían
emocionados, agradecidos, con-
movidos, como lo estamos todos
con la lectura de este libro donde,
entre otras muchas cosas, Gonza-
lo Celorio se desquita brillantemente
de su temporal alejamiento
de la cátedra. El maestro sigue
aquí, en la página impresa, tan
elocuente y generoso, tan exigente y
anfitrión. Basta abrir cualquiera de
sus páginas para iniciar el juego. ●

EL Bicho

Suplemento cultural de **EXCELSIOR**

Léalo los domingos